

Capítulo 26.5

El Suspiro de Tukeim

Con la respiración agitada, desvió un hechizo y evitó otro.

Saltó y cayó al suelo.

Cuando uno de los guardias se acercó, el enano giró y sacó otra carta: *Mork*, la carta de la obscuridad, que servía como un arma de doble filo: además de su función normal, era una carta de autodestrucción.

Sus aprendices se estaban perdiendo en el horizonte mientras iban a Inveniet para detener el catastrófico plan del elfo concejal, pero debía evitar que fueran detenidos por los guardias que ahora enfrentaba.

Una flecha de energía casi le da en el pecho, pero fue lo suficientemente rápido para esquivarla.

—No he tenido tiempo de probarte... vaya momento para hacerlo.—susurró el maestro para sí, refiriéndose a la carta de *Mork*. Estaba inspirada en Síringa, su difunta y querida guardiana: la carta

mostraba a un dragón negro como la noche ondear en el aire.

—¡Basta, Tukeim!—lo llamó uno de los guardias; uno con el que incluso había intercambiado bromas y experiencias. Se trataba de Tharek otro enano, de cabellos azabaches y mirada fría que era *eich-hum* y usaba energía como proyectiles—Deja de defender a los humanos, ¡cabeza dura!

El maestro de las cartas apenas le puso atención: de repente todos habían dejado de atacarlo, y se encontraban en posición de espera, observándolo.

—¡Es por el bien de todos!—aseguró Tharek asintiendo con la cabeza.

—¡Eso es!—exclamaron otros dos guardias al unísono.

En vez de responder, Tukeim giró la carta de Mork.

«*Nubla su mente; ¡piérdelos en la oscuridad!*» le ordenó mentalmente, un segundo antes de que una

figura parecida a Síringa emergiera de la nada y lanzara un silbido amenazador.

Los presentes tardaron menos de un segundo en reaccionar, y pronto se encontraban lanzando hechizos y escudos a diestra y siniestra, tratando de esquivar al dragón negro que se escabullía y comenzaba a desintegrarse en una oscura neblina.

—¡No dejen que continúe!—ordenó el enano Tharek, y los demás atacaron tanto al dragón como a su maestro.

Tukeim apenas se las apañaba; luchando con más de siete guardias de los lirios al mismo tiempo, y comenzaba a agotarse.

Invocó nuevamente a *Kjede*, la carta de la cadena, y eso le dio el tiempo suficiente a *Mork* para completar su transformación.

Pronto la neblina oscura desapareció, al igual que el dragón y, aunque parecía que todo había vuelto a la normalidad en la orilla del lago, los guardias se encontraban aterrorizados y vacilantes.

Sus pupilas se habían oscurecido, dejándolos completamente ciegos por el efecto de la carta, y

parecía que se echarían a llorar en cualquier instante. Sin embargo, para el gran orgullo del enano Tharek, aquello significaba la guerra.

—¡Eres una vergüenza para nuestra raza, traidor!—chillaba el guardia, lanzando hechizos de energía a donde fuera, con furia reflejada en su ciega mirada.

Tukeim logró apartarse con todo el sigilo del que fue capaz, hasta que uno de los disparos de Tharek le dio de lleno a otro de los guardias: una duzmo, que cayó al suelo sin más, muerta.

«¿Y eso es para ustedes honorable? Más vergüenza debería de darles el ser igual contra lo que supuestamente luchan...» pensó el enano, agazapándose en el suelo ante otro disparo de Tharek.

Los demás guardias permanecían casi inmóviles y con la mirada perdida. ¿Por qué a Tharek no parecía afectarle la carta de la obscuridad como a los demás?

—¡Cobarde, traidor!—vociferaba el enano de cabellos azabaches, avanzando como podía.

Tukeim aprovechó que el enano se tropezó con el cuerpo de la duzmo, para sacar a *Dromme*, la carta del sueño. No sabía si funcionaría, pero no tenía tiempo para vacilar.

Con un rápido movimiento de manos, Tukeim hizo que *Kjade* volviera a actuar, y mezcló su efecto con el de *Dromme*, quien apareció con la forma de una criatura parecida a una oveja, que tenía patas con cinco níveos dedos en cada una y una larga cola.

Dromme saltó entre los guardias y sopló suavemente en sus rostros, mientras *Kjade* los mantenía inmovilizados, y *Mork* continuaba nublando su mente en la obscuridad.

Uno a uno, los guardias se sumían en un sueño profundo, mientras Tharek no daba tregua ni un instante. Al acercarse *Kjade* y *Dromme* a él, el enano sonrió, y Tukeim enarcó una ceja.

Tharek se puso firme, y aguzó el oído.

Tukeim abrió los ojos cuan grandes eran, e intentó invocar otra carta.

Demasiado tarde.

Tharek tomó a *Dromme* por el cuello, y salió de su mano energía que hizo chillar a la carta, quien cayó al suelo entre agónicos alaridos antes de recuperar su forma pasiva.

Mientras tanto, *Kjade* inmovilizó al enano, pero éste sólo soltó una seca carcajada, amarga.

—¡El gran maestro Tukeim, invocador de cartas celestiales!—exclamó Tharek con sorna, cuando el maestro llegó frente a él para recuperar a *Dromme* con preocupación.

—Ahórrate tus bromas, Tharek—comentó Tukeim, completamente tenso y agotado—. Ya has perdido.

Sin embargo, el enano inmovilizado ensanchó su sonrisa, mientras sus pupilas seguían nubladas por *Mork*, dándole un aspecto siniestro e inquietante.

—Deberías revisar la situación, maestro...— soltó el enano sin dejar de sonreír, justo cuando Tukeim sintió un ardor intenso que paralizó todo su cuerpo, comenzando en su estómago y expandiéndose hacia sus extremidades.

Tharek soltó una carcajada, antes de esfumarse frente a sus ojos.

—Queriendo dejarnos ciegos, quedaste ciego tú, Tukeim—rió la voz de Tharek a su espalda, y el maestro se dio la vuelta como pudo, hasta que vio la sangre que salía de su estómago, y pronto vomitó el líquido escarlata—. No uso la energía para dispararla como siempre pensaste, sino para invertirla en ilusiones.

Ahí estaban los guardias de los lirios a los que el enano había asegurado dejar fuera de combate: incluso la duzmo que supuestamente había muerto.

No.

No dejaría que esos traidores llegaran a sus aprendices.

Con un último esfuerzo, el maestro de las cartas ordenó a *Mork* dejar caer su hechizo mortal a sus enemigos.

La carta de la destrucción, de la calma y el vacío.

Mork: su última creación y compañera.

Una a una, sintió como sus preciadas cartas comenzaban a consumirse en la obscuridad, y se liberaban del sello para fundirse con Tukeim nuevamente.

Prefería llevarse a sus preciadas y amadas compañeras, antes de que alguno pudiera usarlas para dañar a alguien más.

Le hubiera gustado dejárselas a Haru: él habría sabido protegerlas y usarlas para bien.

Lástima.

Le pareció percibir una presencia cálida a su lado, y no pudo evitar sonreír al sentir unas escamas que rozaban su entumida piel.

Sí, ranga.

Sí, seguro era ella.

Los guardias chillaron al ser consumidos por la nada, pero Tukeim sólo atinó a sonreír.

Pronto una obscuridad absoluta los invadió y, con un último suspiro, Tukeim se entregó al vacío, que también había engullido a los demás entre agónicos gritos.

Nadie encontró a ningún guardia que había luchado con Tukeim después: sólo el cuerpo inerte del maestro de invocación que descansaba sobre el frío suelo, con los ojos abiertos, las pupilas nubladas, y una sonrisa en su rostro.

Mientras tanto, un etéreo quetzal soltó un trino de pena.